



EL CALÍGRAFO DE LODZ

Manuel Fresno

EL CALÍGRAFO DE LODZ



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Fresno

ISBN: 978-84-19748-10-2

ISBN digital: 978-84-19748-11-9

Depósito legal: M-9154-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres,
por su constante ejemplo y apoyo*

Solo a vosotros he reconocido entre todas
las familias de la tierra, y por lo tanto
os castigaré por todas vuestras iniquidades.

PROFETA AMÓS
Antiguo Testamento

Probablemente el crimen más grande
y más horrible jamás cometido
en la historia del mundo.

WINSTON CHURCHILL

No perdáis un solo minuto con los judíos:
es un placer poder dar al fin a su raza lo que se merece.
Mientras mayor sea el número de muertos, mejor.

HANS FRANK,
Gobernador general de Polonia

ÍNDICE

PREFACIO.....	13
PARTE PRIMERA.....	27
CAPÍTULO I.....	29
CAPÍTULO II.....	43
CAPÍTULO III.....	57
PARTE SEGUNDA.....	69
CAPÍTULO IV.....	71
CAPÍTULO V.....	99
CAPÍTULO VI.....	165
CAPÍTULO VII.....	205
PARTE TERCERA.....	225
CAPÍTULO VIII.....	227
CAPÍTULO IX.....	239
CAPÍTULO X.....	307
CAPÍTULO XI.....	339
CAPÍTULO XII.....	373
CAPÍTULO XIII.....	391
PARTE CUARTA.....	413
CAPÍTULO XIV.....	415
EPÍLOGO.....	439
NOTA DEL AUTOR.....	449

PREFACIO

Cuando vean a Jerusalén cercada de ejércitos acampados, entonces sepan que la desolación de ella se ha acercado. Entonces los que estén en Judea echen a huir a las montañas, los que estén en medio de Jerusalén retírense, y los que estén en los lugares rurales no entren en ella; porque estos son días para hacer justicia, para que se cumplan todas las cosas que estén escritas.

Lucas 21:20-22

JERUSALÉN, AÑO 70 D. C.

—César, ¡el Templo arde!

—¿Qué? ¡Imposible!, ¿cómo ha sido? Yo no he dado orden ninguna, ¿cómo se ha producido?

Sin dar tiempo para contestar a la catarata de preguntas, Tito corrió hacia la entrada de su tienda de mando y recorrió enérgicamente la gruesa cortina que daba acceso al exterior. Se encontraba en lo alto de la colina, en el lado occidental del muro, y desde ahí se podía divisar la mayor parte de la ciudad.

Su rostro se ensombreció al contemplar el espectáculo; las llamas se extendían por el Templo de Salomón, así como por gran parte de Jerusalén.

—Al parecer, los zelotes se han refugiado dentro del pórtico y han apilado maderos para protegerse.

—¿Y qué? —interrumpió furioso Tito mientras contemplaba hipnotizado la visión de las llamas que devoraban todo a su paso.

—Varias centurias avanzaron según ordenaste, pero los judíos les tendieron una trampa. Saltaron desde el tejado del templo sobre ellos y... los sorprendieron. Han matado a gran cantidad de nuestra infantería, aunque los hemos repelido a costa de muchas bajas.

—¿Y el fuego...?

—Una de las teas se inflamó en el asalto y el resto se fue impregnando hasta que el incendio se ha empezado a propagar. Parece, parece —Tiberio dudó unos instantes antes de continuar—, parece que cuando el atrio empezó a arder algunos de los legionarios arrojaron antorchas, para así alimentar más la pira. He dado orden de que las brigadas de bomberos acudan de inmediato, pero no creo que vaya a servir.

Tito Flavio Sabino Vespasiano, hijo primogénito del emperador Vespasiano, observó a su segundo al mando. Llevaban combatiendo juntos en Judea cuatro años y Tiberio nunca le había dado motivos para dudar de su lealtad, todo lo contrario, mas aquello suponía un contratiempo que no se incluía en sus planes. ¿Y si...?

Desde hacía meses sus propios oficiales le venían pidiendo un castigo ejemplar para acabar con la sangrienta revuelta. Los muertos rebeldes se amontonaban en las calles, el hambre y las enfermedades los diezmaban y ni siquiera eso era suficiente para acabar con el fanatismo de los líderes hebreos más radicales, que no dudaban en asesinar a los que dentro de la ciudad querían rendirse. A pesar de la hambruna que experimentaban incluso habían llegado a arruinar sus depósitos de grano, para no tener otra opción que resistir hasta la muerte... Nada les detenía. Lo único que quedaba sería destruir lo más sagrado para ellos, y que no les quedaran motivos por los que luchar.

No había ordenado hacerlo porque sabía lo que eso implicaba y no quería alimentar su furia sectaria. Y, ahora, ocurría esto... Parecía demasiada coincidencia.

—Tú..., ¿tú has tenido algo que ver? —dijo a su tribuno.

—¡Mi general, no! Sabes que puedes confiar en mí. Los legionarios llevan combatiendo contra esos malditos zelotes largo tiempo, pero nunca hubiera dado semejante orden. Sé que querías honrar a tu padre colocando una estatua dentro del Templo.

Mientras los dos hablaban, una figura se deslizó sigilosamente desde detrás de ellos:

—¿Y qué ha pasado con los tesoros de la Cámara Santa? —preguntó.

Tiberio se dio la vuelta y miró hacia el lugar de donde provenía la voz. No se extrañó de ver a Flavio Josefo acercándose. ¡Cómo no! —pensó—. Aunque sabía que Josefo era judío, de un tiempo a esta parte no se separaba de César; y, aún peor, Tito y el propio emperador antes que él, escuchaban con atención sus consejos.

Tiberio prefirió ser prudente y, a pesar de que las preocupaciones que pudiera tener aquel intérprete no le concernían, trató de disimular el desprecio que le inspiraba el antiguo comandante hebreo.

—Es pronto todavía —respondió conteniéndose—. La lucha es encarnizada, si bien me han informado de que el candelabro y los libros con las Escrituras han podido ser rescatados de entre las llamas. Todo lo demás... se ha perdido.

Josefo respiró en parte aliviado. La menorá —la lámpara de oro de siete brazos— era sagrada desde hacía cientos de años para su pueblo. Se remontaba a la época inmediatamente posterior a su salida de Egipto, cuando las doce tribus habían acampado a los pies del Monte Sinaí. Como también lo eran las Escrituras que recogían las normas y leyes que Yahveh había dado a Israel a través de Moisés. Sabía que aquello no importaba a esos romanos paganos, pero para ellos, para su pueblo, eran sus riquezas más sagradas. Que entre tanta barbarie se hubieran salvado no dejó de consolarle.

Tito los escuchaba. Entendía las preocupaciones del judío, mas como buen soldado eso no aparecía entre sus prioridades en ese momento. Sabía del valor de aquellas piezas, e incluso pensó que serían un magnífico presente para su padre cuando hiciera su ansiada entrada triunfal en Roma; aunque tiempo habría para pensar en ello.

Su obligación en ese instante consistía en proteger a sus Legiones y castigar como se merecían a esos insurgentes que tantas bajas habían causado. Roma no podía dejar pasar impune aquello.

Y en Judea, Roma era él.

Sintió cómo su ira aumentaba por momentos. No se aventuró a dar la orden de la destrucción del Templo por las consecuencias que pudiera tener; mas ahora que sucedía por un hecho aparentemente fortuito, no estaba dispuesto a mostrar nuevos signos de debilidad.

—De acuerdo. Tratad de apagarlo, pero no arriesguéis ninguna vida romana en ello. E informadme cuando la lucha haya concluido y si habéis conseguido capturar vivo a Simeón ben Giora y al resto de cabecillas —decretó, mirando autoritario.

Tiberio se cuadró. Llevándose el puño derecho al pecho lo golpeó al estilo tradicional, en señal de obediencia y respeto.

—Así se hará.

—Y... Tiberio.

—¿Señor...?

—Id casa por casa. Que no quede piedra sobre piedra.

Cuando su segundo salió de la tienda de mando, Tito cerró los ojos, sumiéndose por unos minutos en sus recuerdos. Tener a sus órdenes toda la región de Judea era una gigantesca responsabilidad que le obligaba a hacer cosas que no siempre le agradaban pero que, llegado el momento, no dudaba en hacer cumplir de manera inflexible.

La revuelta duraba cuatro años. Aunque desde la muerte del rey Herodes el Grande toda la región llevaba décadas siendo fuente de conflictos, su nieto Herodes Agripa, criado a la postre en la corte del emperador Claudio, trataba de hacer respetar la *Pax Romana*.

Sin embargo, los sentimientos de algunas capas de la población contra los romanos eran cada vez eran más virulentos y se habían

terminado de excitar por una disputa en la ciudad de Cesárea entre griegos y judíos, que acabó con una matanza de estos últimos. La guarnición romana, de habla griega, no intervino para detenerlos; y esa fue la excusa que utilizaron los judíos radicales —conocidos como *zealotes*— para adueñarse de Jerusalén y quemar los registros del Templo.

Cesio Galo, en aquel momento legado romano en Siria, marchó sobre la ciudad, si bien ante la resistencia tuvo que retirarse y huir de manera sonrojante.

Tito volvió a alterarse solo de recordarlo y arrojó con furia al suelo la copa de exquisito vino de Galilea que degustaba...

Y no solo eso —rememoró frustrado—, sino que la Legión XII Fulminata fue objeto de una emboscada que acabó con la muerte de seis mil de sus hombres. ¡Seis mil! Por si aquello era poco, el Águila de la Legión, el estandarte más sagrado de las tropas cuya pérdida suponía el mayor deshonor, fue capturada.

Roma no podía permitir la afrenta y, pese a ser el cobarde y ridículo Nerón el emperador, el Senado sí supo estar a la altura y reaccionó enviando sesenta mil hombres, y cuatro de sus mejores legiones, al mando de su padre, Tito Flavio Vespasiano; al fin y al cabo, uno de los generales más experimentados del Imperio. Su *pater familias* no quiso cometer el mismo error que el desafortunado Cesio Galo y prefirió el método más lento, aunque más seguro, de ir rindiendo una a una las distintas poblaciones.

Entonces, cuando se disponían a atacar Jerusalén, las revueltas populares encabezadas por Galba llevaron al suicidio a Nerón, ayudado de su liberto. Cobarde hasta el fin, ni siquiera tuvo el valor de darse muerte a sí mismo y tuvo que ser la daga de su antiguo esclavo la que se hundiera en su garganta, poniendo no solo fin a su vida, sino con ella a la dinastía Julia-Claudia. ¡Era el momento que Vespasiano llevaba esperando! En un arranque de audacia, consiguió que sus milicias lo aclamaran nuevo emperador, después de un breve tiempo en el trono de Galba y Otón. Hubiera deseado terminar la campaña cuya victoria creía tener próxima, pero debía

tomar posesión de su nueva dignidad y atender a las preocupaciones del Imperio. Acudió a Alejandría para ser coronado y más tarde a Roma, no sin antes dejarle a él, en su calidad de hijo mayor y persona de su entera confianza, para ejecutar la última fase de la ofensiva. Tito admiraba a su padre: sus modales, su experiencia, sus maneras a la hora de tratar a los hombres... Cuanto sabía lo había aprendido de él, y por las noches se despertaba sudoroso pensando que no sería capaz de estar a su altura.

Las fuerzas y la maquinaria de guerra que le había legado eran colosales. No obstante, lo que ni padre ni hijo esperaban es que los judíos lograran superar sus desavenencias y reunir a un ejército que, aunque inferior en número, y con facciones enfrentadas, ascendía a veinticinco mil guerreros: un contingente en absoluto despreciable, incluso para la avezada maquinaria de guerra romana... Y a eso debía añadirse que los muros de Jerusalén se consideraban inexpugnables desde hacía siglos. Y, hasta el momento, lo eran. «Cuanta mayor es la dificultad, mayor es la gloria. Es un reto a la altura de muy pocos hombres y seré yo, ¡solo yo!, quien lo logre», caviló Tito con una deleitación no exenta de vanidad. Su padre había confiado en sus capacidades militares, y a él le tocaba rematar la campaña. Sí..., haría lo que fuera para doblegar a los israelitas, lo que fuera...

Mientras se recreaba en el pensamiento, con un gesto de su mano, adornada de relucientes anillos, ordenó rellenar su copa a la esclava sumeria que aguardaba paciente en un rincón. Su misión consistía en agasajarle y atender sus deseos, por íntimos que estos fueran. Su vestido de gasa dejaba traslucir sus generosos senos, y sus cabellos oscuros y su tez aceitunada le conferían una belleza de la que él no dudaba en disponer cada vez que le apetecía. Más... ¡no ahora! —pensó, refrenando sus impulsos—, tiempo habría de saciar su concupiscencia después de la victoria...

Se contentó con acariciar la tersa piel de sus bronceadas piernas —anticipando los placeres que le traería la noche— y, con un gesto, le indicó que se retirara.

La ciudad se encontraba fortificada alrededor de tres murallas. Además del recinto del Templo, también amurallado, albergaba dos tremendas fortalezas que se habían ido reforzando a lo largo de los siglos: el palacio de Herodes el Grande, con tres soberbias y altas torres, y la fortaleza Antonia, con cuatro.

Tito había heredado la prudencia de su padre y, junto con el resto de sus generales, estudió los planos durante semanas; el desnivel entre los muros y los valles que rodeaban la urbe era muy acusado y eso suponía que, de los diferentes lados por donde podía ser atacada, tres se antojaban imposibles de franquear. No dedicó mucho tiempo a sopesar esa posibilidad: sus tropas no podrían avanzar por ahí y lo descartó. El cuarto, sin embargo, daba paso a una zona llana, por lo que llegaron a la conclusión de que ese sería el lugar propicio para el ataque. Deberían derribar un alto muro que aseguraba la defensa de esa parte —era cierto—, aunque parecía un reto asumible para sus aguerridas legiones.

El cerco duró cinco meses y su ejército desplegó los arietes y las máquinas de asedio que lo hacían temible en el mundo entero. El trabajo fue ímprobo y dio orden de talar una enorme extensión de los bosques circundantes para construir las escalas con las que atacar la ciudad. Los judíos —¡malditos fueran!—, trataron repetidamente de incendiar sus artilugios con salidas suicidas, pero ellos lograron abrir un boquete en una de las murallas más debilitadas, consiguiendo tomar la Fortaleza Antonia, ubicada en la zona noroeste cerca del Templo. Aquello fue el principio del fin para ellos y el resultado de sus noches en vela sopesando minuciosamente las opciones.

Cuando ocurrió, los agotados defensores se refugiaron en el interior del Templo. Este disponía de sus propios muros de protección, por lo que la lucha no había acabado, si bien su acción los dejó cercados. Se encontraban a su merced.

«Sí —reflexionó Tito, sereno—. Ha sido arduo llegar hasta este momento». Pero ahora, con el humo que se filtraba por las

esquinas y dificultaba la respiración, podía paladear la inminente victoria.

Llamó a otro de sus esclavos de confianza e impartió órdenes para preparar varias barricadas de las mejores añadas de sus bodegas: pronto estaría brindando con sus oficiales.

Josefo se dirigió al exterior de la Torre Antonia, donde se había instalado el cuartel general de Tito.

Aunque le doliera como nada en el mundo, quería ver con sus propios ojos la masacre de su pueblo: ¡Dios sabía que quiso evitar aquello! Y que, en innumerables ocasiones, les rogó a lo largo de los meses que se rindieran.

Aunque se hubiera convertido en una persona de confianza del emperador, no dejaba de ser uno de ellos, sangre de su sangre y heredero de sus tradiciones. Por su propio beneficio debían haberle escuchado. A fin de cuentas, él mismo fue designado comandante en jefe de Galilea por el Sanedrín, y se vio obligado a capitular ante la enorme desproporción entre los dos ejércitos. «¿Qué, si no, podía haber hecho? ¡Lo contrario hubiera sido un suicidio!», razonó angustiado, buscando justificarse ante su conciencia. Ningún pueblo había vencido jamás a los romanos, y sabía que de haberles hecho frente no hubieran tenido ninguna posibilidad de sobrevivir. ¡Ninguna! Pensaba..., ¡sabía!, que la voluntad divina se inclinaba del lado de Roma. E incluso creyó ver en la coincidencia de que el mismo día, y en el mismo mes, hacía casi seiscientos años, hubiera sido destruido el primer Templo de Jerusalén por los asirios, la señal inequívoca de que el destino fatal de su pueblo estaba escrito en los Libros, posiblemente desde el mismísimo momento de la Creación.

En aquella ocasión el Templo sagrado de David y Salomón fue reconstruido, e incluso ampliado para gloria de Yahveh. Empero —asumió abatido—, esta vez no quedaría nadie para levantarlo.

En un desesperado último intento ofreció a los exaltados zelotes su vida, y la de su familia que se encontraba dentro de las murallas, a cambio de salvar el Templo sagrado. Sin embargo, ni él ni el resto de judíos moderados les pudieron convencer. De nada sirvieron sus súplicas y lamentos. Así había sido siempre, la lucha entre los que por ser el pueblo de Dios se creían en posesión de la verdad y los que consideraban que no adaptarse supondría su destrucción. ¿O acaso, pese a ser el pueblo elegido no habían sido antes esclavos de los egipcios, los babilonios y los macabeos? La historia parecía repetirse. Y ahora, con el denso humo a su alrededor metiéndose en los pulmones; la ciudad destruida; y el griterío ensordecedor que provocaba el ángel de la muerte cabalgando su bayo corcel sin freno por las calles, era tarde.

Caronte esperaba impaciente. Reclamaba su óbolo.

Mientras Josefo avanzaba por el interior del Templo —protegido por varios legionarios que Tito había puesto a su disposición—, el resto de las tropas batallaban fieramente. Observó con horror cómo auténticos ríos de sangre se deslizaban por las escalinatas del Templo.

Siguió andando, recorriendo espeluznado los patios donde hasta hacía poco se presentaban las ofrendas. En su tormento, comprobó que cientos de cuerpos sin vida de sus compatriotas se apiñaban alrededor del altar sagrado, formando una sanguinolenta e informe masa. Y que, pese al ingente baño de sangre que se estaba produciendo, un gran gentío seguía acudiendo desde todos los rincones de la ciudad para proteger el Templo con sus vidas, e inmolarse inconscientemente defendiéndolo. Pero ni su locura suicida ni su número eran suficientes: una vez desatada, la ira de las legiones romanas era imparable.

Desesperado, gritó, tratando de contener a los que subían:

—¡Parad, parad, locos! ¿Dónde vais? ¡Volved a vuestras casas y salvad al menos vuestras vidas!

Golpeado por la multitud, Josefo cayó al suelo y se arrastró como pudo, con el único objetivo ya de proteger su propia integridad. A golpe de *gladius*, los legionarios que lo acompañaban consiguieron alejarle de entre el gentío.

Derrotado, inane, sin ya nada que hacer, Josefo fue testigo mudo del furibundo odio en los ojos de los soldados romanos que destrozaban todo a su paso, segando las cabezas y extremidades de sus compatriotas con pavorosa e impasible eficacia.

En la distancia vio a Tiberio —el tribuno militar de Tito—, tratando de elevar su voz entre el tumulto, dando órdenes a unas tropas que actuaban dominadas por un ansia de destrucción salvaje. Ajenas a los gritos de sus mandos, centradas exclusivamente en la aniquilación absoluta e inmisericorde de sus acérrimos enemigos. Mujeres, niños, ancianos... La masacre no tenía fin y Josefo comprobó cómo el exterminio se trasladaba a la parte baja de la ciudad. También allí las estrechas callejuelas quedaron taponadas de cadáveres...

Finalmente, al cabo de dos días y dos noches, y solo cuando la voracidad de las llamas dejó de encontrar materia con la que alimentarse, el fuego remitió lentamente. El silencio de la muerte resultó más atronador que el eco de los gritos recién apagados, y cada cierto tiempo el viento arrastraba el lamento de las viudas, que buscaban los cuerpos calcinados de sus hijos y maridos entre los rescoldos.

El majestuoso Templo, orgullo de su pueblo, estaba destruido en su totalidad y solo quedaba en pie una pared del muro occidental. Lo demás —los archivos, los ornamentos, la cortina del Templo, la cámara del Sanedrín, así como todas las casas y mansiones—, estaba arrasado; y la ciudad sagrada perdida para siempre, sin sacerdotes que dirigieran al pueblo y pudieran soñar en una reconstrucción. A su alrededor, solo cenizas y devastación.

Poco quedaba por consumir de la sagrada y milenaria Jerusalén.

El resto de los líderes de la revuelta también perecieron; e incluso el cabecilla, Simón bar Giora, que en el último momento consiguió escapar de la masacre por unos pasadizos subterráneos que conducían a las afueras de la villa, fue capturado y enviado a la metrópolis para ser crucificado en la pista del Circo Massimo.

Transcurridos unos días Josefo adivinó que su destino residía en Roma. Había sido una gran victoria y esperaba ser recompensado por su contribución a la campaña. Tierras..., o alguna de las lujosas villas que hubieran quedado en pie a las afueras.

Pero, antes de eso, en un último alarde de conciencia, sentía la necesidad de saber qué pasaría con su pueblo. O, al menos, con los supervivientes que quedaban de él.

Respetuoso, y algo temeroso por cómo podría reaccionar, se acercó a Tito. Desde la victoria, hacía dos semanas, él y sus generales encadenaban una celebración tras otra y era difícil no encontrarles embriagados o en brazos de una mujer. En aquel momento, Tito parecía recuperado de los excesos de la noche anterior y no quiso perder la oportunidad que se le brindaba. Se acercó lentamente, escogiendo cuidadosamente en su cerebro las palabras que iba a dirigirle:

—César, si me lo permites... dicen que han muerto un millón de judíos. Judea ha quedado arrasada y has ordenado echar sal en los campos —Josefo hizo una pausa, dudando si continuar—. ¿Qué pasará con los supervivientes?

Tito lo examinó extrañado.

Apreciaba a ese hombre. Le había servido lealmente a lo largo de la campaña y hecho comprender a su enemigo. Incluso su padre, el emperador, confió en su momento en él pese a haber sido inicialmente uno de los rebeldes. Sus intentos de intermediación resultaron útiles esos años.

Mas ahora, con aquella pregunta, parecía desconocer las leyes de la guerra.

Vaciló un momento. Su cabeza estaba a punto de estallar y lo único que deseaba era perderse entre las experimentadas manos de su amante. Pese a ello, y aunque no tenía por qué dar explicaciones de sus acciones, le contestó displicente:

—Los que valgan irán al Circo y los demás serán vendidos como esclavos. ¿Qué, si no? Lamentablemente —continuó pensativo, hablando para sí mismo—, son tantos que hará que baje el precio... ¡Lástima! —dijo de manera cínica—: el resto, los que no puedan servir en la arena de Antioquía o de Roma, ni nadie pague por ellos, servirán en las minas. Egipto o Cerdeña posiblemente...

Flavio Josefo carraspeó. No sabía qué decir ante la monstruosa frialdad con que el general romano había pronunciado, impertérrito, la sentencia. Pensaba que lo ocurrido era voluntad de los designios inescrutables de Dios, si bien el alcance y la magnitud del castigo escapaban de su comprensión.

—Y... ¿la ciudad? ¿Qué pasará con Jerusalén? —dijo dubitativo.

Tito lo taladró con una mirada autoritaria. Tenía a gala conocer las almas humanas. No se sobrevivía en el Imperio si no sabías interpretar los pensamientos de los que te rodeaban. Sus pulsiones más íntimas. Pero, esta vez, no entendía dónde quería ir a parar. ¿Es que el judío estaba pidiendo clemencia para los supervivientes? ¿Realmente se atrevía a tanto?

Se irguió y con un tono solemne que dejaba definitivamente zanjada la cuestión, exclamó:

—¡Atiende bien, Josefo! Jerusalén y todo el territorio de Judea están ya en ruinas. He ordenado que se mantengan en pie exclusivamente las torres del palacio de Herodes, en recuerdo imperecedero de lo que aquí ha ocurrido: *Judea capta!* Vuestro Dios os ha abandonado, el Templo ha sido destruido; y sus murallas han quedado reducidas a escombros. ¡Nadie puede desafiar al Imperio romano y pretender quedar impune!

El general romano, hijo del emperador del Imperio, concluyó airado su soflama:

—¡En su lugar levantaré una nueva ciudad, y de sus ruinas se alzará una nueva polis que muestre a lo largo y ancho de Asia que Roma es la única civilización que por siempre perdurará! ¡Y que lo hará a lo largo de los siglos!

»La llamaré... Aelia Capitolina.

»Y escúchame con atención: ten por seguro que mientras Roma exista, nunca, ningún judío, volverá a entrar en ella bajo pena de muerte... ¿Lo has entendido?

Josefo lo miró a los ojos, sobrecogido. Nada más había que decir. Nada más que preguntar.

La diáspora del pueblo judío, que habría de durar dos mil años, había empezado.

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I

Feliz el pueblo cuya historia
se lee con aburrimiento.

MONTESQUIEU

UNIVERSIDAD DE STANDFORD, CALIFORNIA. AÑO 2002

La torre Hoover se divisaba desde todos los ángulos y lugares del campus. Era una mole inmensa, de ochenta y siete metros de altura, y sus nueve plantas albergaban la biblioteca y los archivos de la universidad. Construida con ocasión de su quincuagésimo aniversario, el arquitecto había tomado su inspiración de la Catedral de Salamanca, en España. Desde su observatorio no solo se podía ver Palo Alto, sino que en los días claros se divisaba el *skyline* de San Francisco.

La Universidad de Standford se había convertido en el alma máter de muchas de las empresas de Silicon Valley, las cuales contribuían a su mantenimiento. Fundada a finales del siglo XIX por Leland Standford, en memoria de su único hijo, en los rankings se alternaba con Harvard por los primeros puestos de entre todas las Escuelas del mundo. A pesar del tiempo transcurrido desde su creación, sus resultados seguían siendo sobresalientes, y entre alumnos y profesores acumulaban un total de ochenta Premios Nobel, veintisiete Premios Turing de ciencias y siete medallas Fields en el campo de las matemáticas.

Los aspectos deportivos eran altamente valorados, y de sus magníficas instalaciones no solamente habían salido doscientos setenta medallistas olímpicos, sino que llevaban a gala haber ganado más campeonatos de atletismo que cualquier otra Facultad americana. Y estaban orgullosos de ello. La rivalidad deportiva que mantenían con Berkeley, la otra universidad californiana, resultaba comparable a la que pudieran tener Oxford y Cambridge con sus célebres regatas al otro lado del Atlántico.

El *colleage* se organizaba alrededor de cuatro ramas: Derecho, Medicina, Educación y Negocios; aunque, sin duda, la Facultad de Derecho era una de las más demandadas y exigentes del país. Cada otoño seleccionaba a ciento ochenta candidatos de todas las nacionalidades, lo cual suponía el número más reducido de estudiantes de cualesquiera otras grandes universidades. Además, había sabido adaptarse a la evolución de las necesidades educativas, y centraba sus estudios en nuevas disciplinas que pudieran ajustarse al carácter innovador de sus empresas benefactoras: derecho y tecnología, derecho ambiental, derecho de la propiedad intelectual y derecho internacional, fundamentalmente.

Royza se sentía auténticamente privilegiada por haber sido uno de aquellos ciento ochenta afortunados de la promoción de 2002. Las pruebas de acceso resultaron largas y agotadoras —más de lo que hubiera esperado— y la ocuparon el semestre prácticamente completo.

Cuando recibió la *offer of admission*, su alegría fue inmensa.

Era cierto que su familia tenía una posición económica desahogada. Pero eso no bastaba para estudiar en Standford. Ellos solo querían a los mejores.

Y, sin duda, ella era una de las mejores.

Y estaba dispuesta a luchar para demostrarlo.

Durante los dos primeros cursos no coincidió con Leo Zuckermann en ninguno de los grupos de debate que se organizaban.

Los conocimientos jurídicos eran fundamentales, pero esos equipos eran especialmente valorados, ya que servían para mejorar la habilidad verbal de los futuros abogados y jueces. Nadie quería un graduado, con doctos conocimientos, que luego no resultara convincente delante de un Tribunal. En Stanford lo sabían y utilizaban esas dinámicas para detectar y modelar no solamente a los mejores profesionales jurídicos, sino también a los futuros líderes del país.

Y, aunque efectivamente los horarios no les facilitan trabajar juntos, la presencia del otro estudiante judío, que al igual que ella formaba parte de aquel reducido conjunto de privilegiados, no le pasó desapercibida.

Tampoco al resto de compañeros.

El seminario del profesor Matthew sobre Historia Moderna estaba considerado uno de los más atractivos del campus. Aparte de su interés académico, cuando Royza comprobó que coincidiría con Leo lo consideró un excelente presagio.

En su opinión, la historiografía contemporánea suponía una materia obligada para su formación, aunque —si tenía que ser sincera— prefería las asignaturas más prácticas. No consideraba determinante el conocimiento de lo que había pasado hacía años, sino que prefería centrarse en el presente. Era una mujer pragmática y moderna, «del siglo XXI», según le gustaba repetir; y creía que, para su futuro trabajo de abogada, poco o nada aportaba saber qué ocurrió cincuenta, o cien años atrás, a gente hacía tiempo desaparecida.

En todo caso, la presencia del señor Matthew auguraba entretenidos debates, o eso decían los alumnos de cursos superiores. Debido a ello, no dudó en elegirla entre las materias optativas del cuatrimestre.

Sin embargo, los primeros quince días transcurrían sin demasiado interés y empezaba a pensar que quizá aquella opción no había sido tan acertada como esperaba.

—Buenos días, señorita Royza. ¡Me alegra verla entre nosotros!
—espetó el *senior professor*, jocosamente, cuando todavía no había terminado de cruzar la puerta.

Se hallaban a principio de semana y era necesario despertar su interés. A su alrededor, dos decenas de los hijos de las mejores familias del país le examinaban con una expectación no exenta de cierta arrogancia. Se sabían parte de una élite y no dudaban en demostrar su posición de superioridad si la ocasión lo requería. Pero él estaba acostumbrado a bregar con aquellos *cerebritos*, y no se dejaba amilanar fácilmente. Sabía que le juzgarían por sus primeras palabras y que, si no lo conseguía en los primeros compases, posteriormente sería más difícil ganar su interés.

Continuó hablando, seguro de sí, a la par que se remangaba los puños de su pulcra camisa de tweed a rayas blancas y azules. Se dirigió en un tono cercano pero firme a ellos. Debía demostrar que era él quien controlaba la clase y no al revés:

—Además de su cuerpo, espero que su mente también esté hoy aquí y nos hagamos merecedores de su distinguida atención. La pasada sesión pareció que nuestro debate sobre la influencia británica en la sociedad actual no le resultaba del todo ameno. ¿Me equivoco?

El resto de los compañeros de seminario se rieron de la fina ironía. El señor Matthew sabía ser incisivo y provocador cuando quería. Eran relativamente pocos en el aula y, efectivamente, la semana anterior Royza no había intervenido en ninguna de las discusiones sobre la influencia de la Royal Navy inglesa en las colonizaciones del siglo XIX.

Por lo que se veía, el profesor no lo había pasado por alto.

—Quizá el tema de hoy le resulte de mayor interés —continuó sin dejarla responder—. Por su apellido, diría que es de origen judío. ¿Verdad?

Royza miró al profesor. La clase empezaba fuerte. Desde luego no le gustaban los comentarios que le acababa de dedicar, pero

menos aún entendía qué podía importar su origen chino, judío o mahometano para el contenido de la clase. No estaba apegada a las culturas tradicionales, y tampoco era en exceso religiosa, así que no acertaba a saber dónde pretendía llegar.

—Sí. Por parte de padre —contestó, tanteando su reacción al tiempo que se erguía incómoda en la silla—. Él y mi madre nacieron en Estados Unidos, pero mi abuelo es de origen polaco. Él y su familia eran judíos. ¿Algún problema con eso, *señor*?

No iba a dejar que aquel profesor la avasallara solo porque la semana anterior hubiera estado relativamente distraída. Sus monólogos sobre el dominio del Imperio británico en la economía marítima mundial no era precisamente algo que levantara sus pasiones, por lo que no podía culparla por haber parecido aburrida en la última sesión.

—No, por supuesto que no. Aunque sí había pensado que el peso de la comunidad judía en la política americana puede ser un tema de interés. ¿No cree? —dijo sagaz—. Y al ver dos alumnos de apellido hebreo en clase pensé que..., bueno, que quizá tuvieran alguna opinión al respecto. Pero, en fin..., quizá estaba equivocado.

Royza terminó de desperezarse en su asiento. Aquel hombre trataba de polemizar con ella y, a base de intentarlo, empezaba a generar su interés. ¿Qué se pensaba? ¿Es que no había nadie más en la clase? Decidió contratacar y dejar a aquel petulante, por muy *senior professor* que fuera, en el lugar que merecía.

—Bueno, veré... Mi padre siempre dice que la influencia del *lobby* judío en la política americana es un mito. Y yo soy una buena hija, de forma que no pretenderá que lo contradiga, ¿no es cierto?

Sus compañeros volvieron a reír, esta vez con renovadas fuerzas. Uno a uno. Aquello se animaba.

—Además, *nosotros los judíos* —respondió devolviéndole la ironía y sintiéndose cada vez más cómoda— siempre votamos demócrata. Así que ¿por qué se iban a molestar los republicanos en tentarnos? Supongo que eso nos hace predecibles y carentes de necesidad de atención.

Desde la segunda fila Leo contemplaba cómo el diálogo subía de grados. En realidad, debería estar dándose por aludido, pero él no era tan extrovertido como la muchacha y se sentía cómodo dejándola asumir el protagonismo. Ya vería a dónde llegaba con eso y si se veía obligado a intervenir.

El señor Matthew comprobó complacido que su estrategia de confrontación daba resultado. Nada mejor que una pequeña burla a uno de ellos para azuzar el interés del resto de asistentes y, de paso, el suyo propio.

Replicó con una respuesta que traía preparada de antemano:

—Si, claro, pero al margen de las opiniones políticas de cada uno es innegable que solo Nueva York es con diferencia la primera ciudad por población judía del mundo: más de dos millones. ¿Lo sabía? Muy superior a los quinientos mil de Tel-Aviv o los novecientos mil de Jerusalén. Y eso, sin incluir el resto repartido a lo largo y ancho de todos los Estados Unidos.

Hizo una pausa para que pudieran asimilar las expresivas cifras y continuó:

—¿No considera que eso debe afectar de alguna manera a la historiografía? Quizá el éxodo que se produjo después de la guerra mundial tuviera algo que ver. Incluso hay muchos que defienden que de no haberse producido la Shoah, el Holocausto, el número de emigrantes que salieron en los años previos de Europa hubiera sido menor; y que eso habría afectado negativamente al desarrollo de otros Estados, incluido nuestro propio país. Veinte premios Nobel judíos se exiliaron de Alemania en esa época y muchos recalaron aquí: los físicos Gustav Hertz y James Frank, el escritor y pensador Thomas Mann... Supongo que el nombre de Albert Einstein le suena, ¿verdad? —nuevas risas—. Pues él nunca no hubiera recalado aquí de no haberse visto obligado. Posiblemente incluso la creación del Estado de Israel no se hubiera aprobado con tanta facilidad de no haberse producido la guerra. ¿No le parece?

La muchacha vaciló unos segundos. Se dio cuenta que el profesor Matthew la había provocado para después colarle aquel discurso que traía ensayado previamente.

Había caído en su trampa y tenía que salir por algún lado:

—Verá. Lo que yo creo es que *aquello* queda lejos. Fue terrible, dramático. Probablemente uno de los mayores crímenes que nunca se hayan cometido contra mi raza. Contra ninguna raza, de hecho, por el hecho de serlo. Pero ya está: es pasado. ¿No cree? Igual que ocurrieron otras persecuciones anteriormente, e igual que se crearon guetos en muchos países de Europa durante la Edad Media. En el mundo actual, con nuestras instituciones, nuestros Gobiernos, nuestros jueces, nunca podría producirse algo similar. Los derechos de los ciudadanos están protegidos por la Constitución y las leyes, sean del origen que sean.

—¿De veras? —exclamó—. Me sorprende su rotundidad.

Royza se tomó apenas un instante para replicar con agilidad:

—Pues que no lo haga. Es así. Los judíos en América son hoy médicos, abogados, políticos y funcionarios. Igual que usted o que el resto de mis compañeros. El adjetivo *judío* no aporta nada. No somos especiales. No hay *lobbies*, ni oscuros intereses que proteger. Hemos sabido aprovechar las oportunidades de vivir en este país y nos hemos integrado. Eso es lo importante.

El profesor Matthew se estaba viendo sorprendido por la elocuencia de su alumna. No pretendía profundizar en una materia tan delicada, pero le gustaba ver que, aunque equivocada a su juicio, era capaz de exponer su torrente de argumentos con semejante pasión.

—Entiendo —dijo, tratando de introducir un poco de pausa en la conversación—. Para usted la historia consiste en una enumeración de sucesos, que deben memorizarse sin analizar. Sin mayor trascendencia. Y sin embargo esos sucesos son los que dan forma al mundo, a nuestros valores e ideas... ¿No lo piensa, señor Zuckermann? —dijo de repente, girando su cuerpo hacia donde estaba sentado dos filas más atrás.

Leo se removió en su silla al oír repentinamente su nombre. Estaba disfrutando de aquel debate de gallos y no esperaba que la conversación fuera a saltar a él. «¿Sucesos que daban forma al

mundo actual?». Joder, no tenía ni idea de cómo rebatir una frase tan pretenciosa.

Pensó algo rápido para salir del paso. Él no era americano y no conocía aquella sociedad tan bien como lo parecía hacer su compañera de curso. Y tampoco era tan vehemente como ella. Tuvo que improvisar:

—Eh..., verá. Yo coincido con la señorita Brauner. No sé mucho del pasado de los judíos. Mi abuelo también emigró de Europa después de la guerra, de Alemania creo, aunque no es algo de lo que hable nunca. Es como una especie de tabú para nuestra familia. Supongo que es demasiado incómodo. Todos sabemos más o menos lo que pasó, y con eso es suficiente. Creo que ella lo ha explicado de manera muy contundente. Dejémoslo ahí. Miremos al futuro y no removamos el pasado si no es imprescindible.

Royza tomó nota y agradeció mentalmente el apoyo de su compañero. Pero... «¿señorita Brauner?, ¿ni siquiera Royza, ni *Roiż*...? ¿De dónde ha salido este tío para llamarme así? ¿Del Londres del siglo XIX?». En cuanto acabaran la clase le daría un par de indicaciones de cómo dirigirse a las mujeres de hoy en día. La pinta de cerveza de Budweiser en el pub del *hall* correría de su cuenta... por el consejo.

El profesor Matthew observó atentamente a ambos. Después de sopesarlo unos instantes decidió no continuar el debate, por mucho que le hubiera gustado hacerlo. Todavía tenía varios meses por delante; aunque a la vista estaba que debería esforzarse al máximo si quería hacer entender a sus alumnos que lo histórico era una dimensión ineludible para conocer lo presente. Lo supieran y lo aceptaran o no.

Eran jóvenes, ambiciosos y querían comerse el mundo. Lo veía continuamente, si bien consideraba que eso no debía hacerse a costa de olvidarse de su propio pasado.

Y menos en su caso.

No fue hasta final del tercer año cuando Leo y Royza empezaron a salir.

Una vez transcurridos los agotadores cuatrimestres que conformaban los dos primeros cursos sin que entre los dos hubiera habido más que unas cuantas conversaciones casuales, en los últimos meses Roiz —como la llamaban sus amigos— se conjuró para cambiarlo. Para ello agotó su imaginación, inventando excusas para coincidir en los eventos que se celebraban. Las clases de historia contemporánea del profesor Matthew fueron un buen inicio, y desde aquel momento notaba que Leo se fijaba mucho en ella; pero fuera por su timidez, o fuera por la carga de estudios que acumulaban, la realidad es que la cosa no avanzaba.

Cansada de esperar a que él diera el primer paso, encontró una ocasión inmejorable en la fiesta que las hermanas Lina y Shalma Clainn organizaron en su lujosa residencia para festejar el final de tercero. Allí se le declaró abiertamente. Las fiestas de Derecho eran conocidas en todo Stanford y esa, desde luego, no defraudó a nadie. Duró dos días con sus dos noches completas y, para cuando finalizó, eran una pareja de hecho.

Para contrariedad de sus respectivas familias, ese verano no volvieron a sus casas para aprovechar el descanso estival. En su lugar, se dedicaron con intensidad a hacer turismo, visitando tantas ciudades de la Costa Oeste como su economía de estudiantes les permitía.

Stanford solo concedía un mes de vacaciones a sus residentes y lo aprovecharon al máximo: alquilaron un viejo Thunderbird descapotable y recorrieron el parque del Gran Cañón, Las Vegas, Portland, las costas de Oregón y algunas otras... Fue inolvidable.

Roiz había nacido en Estados Unidos y no la sorprendía el *american way of life*. En cambio, y aunque parte de su familia vino de Europa, como contó el día en que el profesor Matthew les habló sobre la importancia de la historia, Leo procedía de La Paz, al sur de la península de la Baja California, en México. Y hasta que empezó su etapa universitaria nunca había vivido en Estados Unidos,

por lo que aquel viaje fue la mejor forma de descifrar la cultura americana: sus gentes, sus modos de vida... Disfrutó todos y cada uno de los nuevos descubrimientos.

Y, ciertamente, algo que a sus 22 años valoraba todavía más que esa cultura, y en lo cual Royza y él pusieron su mejor empeño a lo largo de los veinticinco días y, especialmente, a lo largo de las veinticinco noches...

Sus compañeros lo vieron como lo más normal. Previsible, incluso, ya que desde primer curso corrían apuestas sobre quién de los dos daría el primer paso. Y cuando los que tuvieron la intuición de apostar por la arizoniana recogieron el dinero de los perdedores, todos lo festejaron como algo largamente esperado. La exigencia académica era altísima y eran una promoción muy competitiva; pero, precisamente por eso, valoraban que existieran los mayores lazos. Y qué mejor modo que dos de sus más destacadas promesas empezaran a salir juntos.

Los dos eran jóvenes, educados, brillantes y... judíos.

Se hicieron inseparables y, sin descuidar sus estudios, empezaron a compartir tanto tiempo como el programa los permitía. Aquello empezó a parecer más que un simple noviazgo de juventud...

—¿Qué piensas que sucederá cuando acabemos la universidad? —le preguntó Leo un día mientras paseaban por la colina que rodeaba los extensos recintos. Estaban a finales de cuarto curso y desde donde se situaban veían a sus pies el hermoso jardín de Standford, uno de sus secretos mejor guardados. Como un oasis en medio de la infértil tierra que los rodeaba, los agaves y las yucas sobresalían entre llamativas flores, pubescentes suculentas y espinosos cactus, que pujaban haciendo alarde de distintos colores y tamaños.

—No lo sé —replicó ella sin entender la pregunta—. Buscaremos trabajo. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Nos contratarán, y nos mudaremos donde nos reclamen.

—Supongo... —dijo Leo, tratando de hilvanar sus pensamientos. No era a eso a lo que se refería—: ¿de veras es eso lo que queremos?, ¿eso es lo que quieres *tú*? ¿Trabajar en la empresa que mejor te pague sin atender a ninguna otra consideración? A veces pienso si no debiéramos hacer algo a favor de los demás; nuestra propia gente, aquella que no ha tenido nuestras oportunidades... El señor Matthew me hizo pensar si realmente no debemos conocernos primero a nosotros mismos, nuestro pasado, y solo en ese momento seguir adelante. ¿Tú nunca piensas en lo que pasó?

—¿Lo que pasó? —repitió—. ¿Te refieres a la guerra? —cada vez estaba más perdida.

—Sí, a eso.

Royza lo contempló como quien mira a un niño pequeño, que juega a juntar palabras sin significado aparente. Si de algo no le apetecía hablar, era precisamente de eso, por lo que no tenía intención de comenzar un debate similar.

No era la primera vez que en las últimas semanas la hacía partícipe de aquel tipo de reflexiones, y sabía que a raíz de sus conversaciones con el académico empezaba a leer libros sobre lo ocurrido a su pueblo años atrás. Como en esa ocasión, solía responder con evasivas porque ni ella, ni probablemente él mismo, sabían a qué se refería. Lo único de lo que estaba segura es de que se sentía única y exclusivamente americana, y que quería lo mismo que el resto de los americanos. ¿Acaso estaba mal? ¿Para qué, si no, estaban en Standford? Su padre era judío, sí. Pero nunca le había educado como tal, ni le había hecho sentir que perteneciera a ningún grupo especial, ni señalado por el destino, ni nada de esas cosas. Su abuelo..., en fin, su abuelo era distinto. Era de otra generación, provenía de Europa, él sí había vivido todo aquello y no parecía satisfecho con esa visión tan práctica, pero al mismo tiempo tan simple. El sí creía en lo del *pueblo elegido*, en la existencia de un pasado común que los hacía diferentes. Y que esa era la causa de mucho de lo que habían sufrido. Pero... ¿de verdad hoy en día alguien podía sentirse especial por lo que hicieron sus antepasados,

hace dos mil o tres mil años?, ¿Qué, pese a vivir en distintos países y continentes podías tener algo en común con ellos, una especie de vínculo imborrable que los identificaba?

—¡Vamos, Leo! Creo que debes tomar menos *gin-tonics* con el profesor Matthew. Cada vez te estás pareciendo más a él. Sois igual de enigmáticos —dijo burlona.

—¿Tú crees? —contestó él.

Royza le miró, tratando de adivinar sus pensamientos. A veces Leo tendía a ponerse demasiado trascendental, pero lo interpretaba como su deseo de que nada cambiase. Llevaban saliendo juntos solo un año, pero no sabían vivir el uno sin el otro. Eran jóvenes, felices, inteligentes y ningún bufete o empresa, por bien pagado que llegara a estar, los iba a separar: de eso estaba segura.

Es cierto que se encontraban próximos a finalizar; la mayor parte de alumnos empezaban a recibir ofertas de despachos de abogados a lo largo y ancho del país. Royza se estaba especializando en derecho laboral y estrategias procesales, mientras que al joven mexicano le atraía trabajar en un gabinete jurídico de algunas de las muchas *start-up* de Palo Alto o en una de las corporaciones tecnológicas instaladas en el valle. Era por ello por lo que mantenían aquel tipo de conversaciones de manera cada vez más frecuente, en las que últimamente su novio empezaba a deslizar ciertos comentarios inquietantes.

—No te preocupes —contestó, cavilando todavía acerca de eso de «conocer primero nuestro pasado», pero en el fondo pragmática y resolutiva. Tenía suficiente, y quería finalizar esa conversación que tanto la incomodaba—: cuando ocurra, cuando nos llamen, lo hablaremos. Y en ese momento lo solucionaremos. ¿Está bien así?

Leo la miró, sin estar convencido. Empezaba a descubrir que él no tenía las cosas tan claras como ella. En todo caso, el carácter vital y entusiasta de Roiz siempre lo acababa alentando a disfrutar del momento. El presente. Siempre el presente... *Carpe diem*. aprovecha el segundo.

Por toda respuesta, la besó con fuerza en los labios y extrajo de su cabeza aquellas preocupaciones que, de pronto, le parecían

banales. Sí, ella tenía razón —suponía—: «Cuando ocurra lo solucionaremos...».

A los pocos minutos volvía a ser el estudiante divertido y abnegado que paseaba enamorado con su novia entre los rincones del jardín botánico.

Y, sin embargo, cuando después de las largas noches en que se entregaban apasionadamente el uno al otro Royza lo veía descansar a su lado, presentía que ella tampoco tenía las cosas tan decididas. Que por poco que le gustara echar la vista atrás y centrarse en el presente, algo en el pasado común de los dos no acababa de encajar.

Y que esa historia haría que las cosas no fueran tan sencillas como ellos hubieran soñado, obligándoles a comenzar un viaje para el que ninguno de los dos estaba preparado.

